

estado verdaderamente absorta y pasmada en admiración á la magnificencia de mister Dombey, la pobre excomulgada miss Tox lloraba sumida en desconsuelo y sentía que á la Plaza de la Princesa había llegado ya el invierno...

CAPÍTULO XXX

EN VÍSPERAS DE LA BODA

Aunque la casa ya no estaba encantada desde que los trabajadores la habían invadido, no dejaban de oírse ruidos que tenían á Diógenes en el paroxismo de la ira, desde por la mañana hasta la noche, persuadido de que esta vez su enemigo llevaba la mejor parte y venía á retarle en su propia vivienda. Fuera de esto no había cambios apreciables en la vida que Florencia hacía. Por la noche, luego que los operarios se marchaban, se quedaba la casa tan abandonada y desierta como en otros tiempos. Florencia, al oír las voces de aquella gente en la escalera, repetidas por el eco al retirarse, concluida su labor cotidiana, se representaba la alegría de sus respectivos hogares al verlos regresar tan contentos: veía con la imaginación á los niños gozosos porque sus padres volvían á cogerlos en brazos.

El silencio de la noche era para Florencia como un amigo antiguo, sólo que éste ya no tenía el mismo rostro que antes; su mirada era menos severa y en ella había reflejos de esperanza. La hermosa señora que la había acariciado y animado, en aquella sala donde su corazón tan grandes sufrimientos tuvo eran

como dulce promesa. Suave también le parecían la brillante aurora que amanecía para ella como anuncio de nuevos días en que conseguiría reconquistar el amor paterno, perdido al mismo tiempo que el amor de la madre se extinguía en último suspiro. Rodeábanla en aquella penumbra que rompía la sombras hasta entonces espesas, varias tranquilizadoras figuras. Las niñas sonrosadas, sus vecinas de la casa de enfrente, la causaban una sensación nueva haciéndola pensar que llegaría á conocerlas y á tratarlas; por esto ya no tenía inconveniente en que la vieran, ya no se escondía de ellas como antes, cuando vestida de luto estaba sentada, solitaria, al pie de la ventana.

En sus pensamientos acerca de su nueva madre, en el cariño, en la confianza que á su puro corazón estas ideas inspiraban, encontraba Florencia como un eco de sentimientos enmudecidos para ella durante largos años, ternuras que apenas había podido conocer; pero que estaban grabadas en lo más hondo de su alma.

Un día, estando sentada Florencia en su gabinete, leyendo un libro que armonizaba con el estado de su ánimo, la pareció que oía pasos cerca de ella; levantó la vista y vió á su nueva madre que entraba.

— ¡Mamá! — exclamó Florencia corriendo alegremente al encuentro de Edith.

— Todavía no, todavía no soy tu mamá — contestó Edith con sonrisa apenas visible y abrazando á Florencia.

— ¿Será pronto? — dijo ésta.

— Muy pronto, hija mía, muy pronto.

Edith bajó un poco la cabeza como si quisiera acercar su mejilla al rostro de Florencia y guardó silencio un instante. Su actitud era tan cariñosa que

Florencia se impresionó aún más que el primer día. Luego se sentaron ambas una frente á otra.

— ¿Has estado bien, á pesar de estar sola, desde que no nos hemos visto? — preguntó Edith.

— Sí, sí — contestó Florencia sonriéndose.

Pero como Edith miraba fijamente á Florencia, ésta se turbó un poco y se explicó diciendo.

— Ya estoy acostumbrada á encontrarme sola: no hago caso. Di pasa todo el día conmigo.

— ¿Di es tu doncella? — preguntó Edith.

— No señora; es mi perro — contestó Florencia riéndose. — Mi doncella es Susana.

— ¿Y estas son tus habitaciones? — dijo Edith mirando en derredor. — No me las enseñaron: será necesario arreglarlas: hay que hacer de ellas las más bonitas de la casa.

— Si pudiera cambiar de cuarto — dijo Florencia, — me gustaría mucho uno que hay más arriba.

— ¿No te parece éste bastante alto, hijita? — repuso Edith.

— Es que el otro ha sido de mi hermano — dijo Florencia — y por esto le he tomado cariño. Quería habérselo dicho á papá el día que vine; pero como estaban en obra y había tantos cambios...

Florencia bajó la mirada temiendo que la interrogasen otra vez los ojos de Edith.

— ...Temí que fuera inoportuno hablar de esto á papá. Ahora, como usted será dueña de hacer todo lo que quiera, me he atrevido á decirselo.

Edith se quedó mirándola, fijamente á la cara, hasta que levantando Florencia la vista, separó de ella sus penetrantes ojos. Entonces, cuando Edith dirigió su mirada al suelo, comprendió Florencia de qué manera aquella hermosa señora no era tan or-

gullosa y altanera como supuso en el principio : aparecía en aquel momento tan benévola y afectuosa que la inspiraba ilimitada confianza.

Sin embargo, en algunos momentos se notaba en ella cierta reserva, como si no se hallase con libertad (Florenxia lo comprendía bien, pero no se explicaba el motivo). Cuando Edith contestó á su amiguita que todavía no era su mamá y cuando Florenxia la dijo que sería dueña de hacer todo lo que quisiera, hubo uno de esos momentos de malestar, como si Edith hubiera querido marcharse en el acto y no manifestar ya el cariño á que Florenxia tenía derecho.

Prometió Edith á la que pronto sería hija de adopción suya, que tendría el cuarto apetecido y que alla dispondría lo necesario. Hizo luego diferentes preguntas concernientes á Pablo, y finalmente anuncio á Florenxia que el motivo de su visita era invitarla á que se fuera con ella á pasar en su casa unos días.

— Ya estamos, mi madre y yo, en Londres — dijo Edith — y tú permanecerás con nosotras hasta que se verifique la boda. Será motivo de que nos conozcamos y adquiramos confianza recíproca.

— Es usted muy buena conmigo — dijo Florenxia ; — se lo agradezco mucho.

— Ahora aprovecho esta oportunidad, porque no creo tener otra más propicia, para decirte que — y Edith miró en derredor como para cerciorarse de que no las escuchaba nadie — para decirte que cuando me haya casado nos iremos de viaje papá y yo por algunas semanas. Entonces conviene que te vuelvas aquí, á esta casa. ¿Comprendes? Sea quien fuere la persona que pudiera invitarte á otra cosa, no aceptes : vuelve aquí. Más vale estar sola que... En fin, quiero

decir que en ninguna parte estarás mejor que en tu casa.

— Me volveré aquí el mismo día en que usted se vaya de Londres, mamá.

— Eso es : cuento con tu promesa. Ahora prepárate para venir conmigo. Me encontrarás abajo, en cuanto te halles dispuesta.

Lentamente y sumida en sus pensamientos recorrió Edith aquella casa de la que pronto sería dueña. Ni el esplendor ni la elegancia que poco á poco iban enseñoreándose de todo tenían la virtud de atraer su atención. Altiva siempre y desdenosa, sólo el orgullo y la soberbia dejaban notar la expresión de sus labios y en sus ojos, atenuada tan sólo por la indiferencia con que á sus propias dotes atendía. Aquella gallardía indomable que paseaba por los salones y por los corredores era la misma que con el mayor descuido había estado bajo los árboles de la alameda. Las rosas estampadas en el papel de las paredes y en la alfombra del suelo, tenían espinas para ella, que en el corazón se le clavaban : en cada partícula de oro que fulguraba ante sus ojos creía ver algún aborrecible fragmento de moneda, del precio de su compra : los grandes espejos que de pies á cabeza reproducían su figura la mostraban una mujer de nobles cualidades, pero hartó rebajada, enteramente decaída en su propio concepto. Así, creyendo que todos cuantos la miraban podían conocer el estado de su alma, procuraba ocultarse detrás de un grandísimo orgullo ; solamente que esta misma pasión del orgullo la atormentaba día y noche, obligándole á pelear sin descanso contra su nefasto destino.

¿Y Florenxia — joven inocente, cuya fuerza únicamente consistía en su confianza, — y Florenxia

sería capaz de influir en una mujer de temple semejante, atemperando sus pasiones, subyugando su orgullo? ¿Era ésta la mujer que iba sentada en el carruaje al lado de Florencia, cogiéndola ambas manos, diciéndola palabras cariñosas, instándola á que confiara en ella, acariciándola y pronta á dar la vida, si fuera preciso, para protegerla contra todos los riesgos?

¡Oh, Edith! más te valiera morir ahora que más tarde. Felicísimo fuera, Edith, incomparablemente más que continuar la vida hasta su término.

Bien lejos estaba la honorable mistress Skewton de tener semejantes ideas — existen y en todos tiempos y países han existido, personas á quienes no se puede hablar de la muerte, pues objetan que esta mención es cosa baja, impropia de espíritus cultivados. — Mistress Skewton había alquilado una casa en Brook Street, Grosvenor Square : es decir no la había alquilado sino pedida prestada á un ilustre pariente (un Feenix de abolengo). Como éste no vivía en la capital no tuvo inconveniente en prestar la casa para que la utilizaran sus parientas con ocasión del matrimonio de Edith. Con tanto mayor gusto lo hizo cuanto que gracias á este matrimonio podía tener la esperanza le verse libre, al fin, de las importunidades de mistress Skewton y su hija. Como era necesario, por la respetabilidad de la familia, rodearse del prestigio debido, recurrió mistress Skewton á un mercader residente en la jurisdicción de la parroquia de Maryle-Bone, especialista en alquilar artículos á propósito para personas de la nobleza y de alta posición social, desde un servicio de mesa hasta un ejército de lacayos. En la casa provisional de mistress Skewton instaló el famoso proveedor un sumiller de pelo

blanco (pagado á salario más alto que otros por su aspecto de criado de casa grande, envejecido en el servicio de la familia), dos jóvenes muy bien plantados de librea y una escogida colección de gentes de cocina. Con esto vino á correr la voz, entre los maliciosos de la casa, de que el paje Withers viéndose libre de sus innumerables ocupaciones, no teniendo ya que empujar el sillón de ruedas (imposible en una capital), no podía dar crédito á sus ojos y pensando que era víctima de una pesadilla se pinchaba las piernas. Suministró el mismo proveedor una gran variedad de vajilla, de plata y china, con otros objeto de diversas aplicaciones, incluso una linda berlina con un tronco selecto. Reunido todo esto mistress Skewton se reclinó en el mejor de los sofás y en su actitud de Cleopatra se dispuso á recibir su corte con gran pompa.

— ¿Cómo está mi querida Florencia? — dijo mistress Skewton al ver entrar á su hija y á su acompañante. — Sírvase acercarse y darme un beso, Florencia.

Florencia se acercó, en afecto, y se inclinó buscando en la cara de mistress Skewton un sitio donde poder besar, á salvo de pintura : la señora esquivó aquella dificultad presentando una oreja.

— Edith, querida mía — dijo mistress Skewton — creo, positivamente... á ver, Florencia, póngase un poquito de lado, que le dé bien la luz, un momentito...

Florencia lo hizo así, sonrojada.

— ¿Te acuerdas, Edith — preguntó la madre — de cómo eras cuando tenías la edad de nuestra queridísima Florencia, ó algunos años menos?

— Lo tengo ya muy olvidado, madre.

— Pues positivamente, querida — dijo mistress Skewton — veo un parecido indudable entre nuestra encantadora amiguita y tú, como eras antes. Lo que prueba — añadió mistress Skewton bajando la voz como para dar á entender que esta apreciación no estaba al alcance de Florencia — cuánto hay que esperar del cultivo.

— Así es, sin duda — repuso Edith con evidente desagrado.

Su madre la miró con fijeza un momento y comprendiendo que se había metido en mal terreno, cambió de dirección en sus ideas y dijo :

— Mi hechicera Florencia, sírvase besarme otra vez, si usted gusta.

Florencia lo hizo así, poniendo nuevamente los labios en la oreja de mistress Skewton.

— Sin duda sabe usted ya, hijita mía — dijo mistress Skewton cogiendo las manos de Florencia — que su papá, á quien adoramos aquí, se va á casar con Edith, la semana próxima?

— Sabía que sería pronto — contestó Florencia — pero no exactamente cuándo.

— ¡Es posible! — exclamó mistress Skewton riendo. — Y tú querida Edith, ¿no se lo habías dicho?

— ¿Y para qué? — repuso vivamente Edith y con tal aspereza que parecía otra voz la suya.

Mistress Skewton cambió de tema y explicó á Florencia que su padre iba á comer, en aquella casa, con ellas y que tendría, de seguro, una grata sorpresa al encontrarla allí, puesto que no se lo esperaba : había prevenido que iría directamente desde su oficina de la City y como no tenía noticia de los propósitos de Edith, claro está que se quedaría suspenso. Turbóse Florencia al oír esto y fué creciendo

su inquietud á medida que la hora de comer se acercaba. Si hubiera podido escaparse, volver á su casa, si hubiera acertado con un pretexto cualquiera, fuera de aquel temor á la presencia de su padre, motivo que por nada del mundo habría revelado, si la hubieran dejado marcharse, se habría ido corriendo, sola, sin sombrero y corriendo, para no encontrarse con su padre causándole, con su presencia, un desagrado.

Conforme iba el tiempo avanzando perdía Florencia hasta el aliento. No se atrevía á mirar por la ventana por miedo de verle en la calle. No tenía valor para subir al piso alto, para disimular su emoción, por miedo de tropezar con él en la puerta : además, si salía no contaba tener fuerzas para volver cuando la llamaran estando allí su padre. Y en este conflicto de temores, sentada en el sofá junto á Cleopatra, se esforzaba por sostener una insulsa conversación con ésta cuando se oyeron pasos.

— Es él — exclamó Florencia poniéndose de pie — estoy segura.

Cleopatra, dispuesta siempre á bromas de gente joven, y que además no se daba cuenta de la agitación de Florencia, dijo á ésta que se escondiera detrás del sofá y la empujó á este escondite poniendo por encima su chal para que no se viera nada. Al instante se presentó mister Dombey en la sala.

Su voz, al saludar á su futura suegra y á su prometida hizo temblar á la pobre Florencia.

— Mi querido Dombey — dijo Cleopatra, — venga usted acá y dígame cómo está su linda Florencia.

— Florencia está muy bien — dijo mister Dombey aproximándose al sofá.

— ¿En casa?

— En casa — contestó mister Dombey.

— Mi querido Dombey — repuso Cleopatra con graciosa vivacidad — ¿tiene usted la seguridad de no engañarme? Yo no sé lo que podrá decirme Edith concerniente á esta declaración, pero, por mi honor, se me figura que es usted el más falso de los hombres.

Aunque lo hubiera sido en efecto, aunque le hubieran sorprendido *in fraganti* de la más enorme falsedad imaginable no se habría desconcertado más de lo que se desconcertó cuando habiendo retirado su chal mistress Skewton apareció Florencia, pálida y temblando. Aún no había recuperado mister Dombey su presencia de espíritu cuando Florencia corrió á él, le echó al cuello los brazos, le besó y se escapó de la habitación. Mister Dombey miró en derredor para enterarse de lo que sucedía, pero Edith se había marchado con Florencia.

— Confiese usted, querido Dombey — dijo mistress Skewton — que no ha tenido sorpresa mayor ni más agradable en su vida.

— No he tenido mayor sorpresa nunca, en efecto — dijo mister Dombey.

— Ni más agradable — añadió mistress Skewton levantando su abanico.

— Yo... sí, yo me complazco mucho en encontrar aquí á Florencia — dijo mister Dombey. Y después de meditar un momento, repitió sin vacilación: — sí: realmente me complace mucho encontrar á Florencia aquí.

— ¿A que no sabe usted cómo ha venido? — dijo mistress Skewton.

— Edith, acaso... — contestó mister Dombey.

— ¡Ah! pícaro — exclamó mistress Skewton moviendo la cabeza — ¡ah! qué astuto, que sagaz es este

hombre! — No debiera decirselo, mi querido Dombey, porque todos los hombres son propensos á abusar de nuestra debilidad; pero la verdad es que usted conoce sin vacilación lo que pasa en mi alma... Está bien, en seguida.

Estas últimas palabras se dirigían á un criado que anunció el servicio de la comida.

— Edith, mi querido Dombey — continuó Cleopatra como revelando un secreto — no sabe pasarse sin usted por más que ya se lo digo yo: no es posible que siempre se halle usted á su lado. A falta de usted quiere tener algo que sea suyo. Cosa muy natural, sumamente natural ¿no es cierto? Con este ánimo, hubiera sido imposible disuadirla de su propósito de traer á Florencia ¿No es verdad que resulta encantador todo esto?

Y como esperaba una contestación, mister Dombey contestó:

— Encantador, evidentemente.

— Admirole, mi querido Dombey, por esta prueba de corazón — dijo Cleopatra estrechándole fuertemente la mano. — Pero veo que me voy poniendo demasiado seria. Acompañeme usted como un ángel custodio y vamos á ver lo que ha hecho esa gente para comer. Admirole, mi querido Dombey.

Cleopatra descendió del sofá con bastante presteza y habiéndola dado el brazo mister Dombey, bajaron ceremoniosamente al comedor. Uno de los dos criados jóvenes, poco acostumbrado á las actitudes respetuosas, estaba haciendo muecas para distracción del otro camarada justamente al aparecer en el comedor la ceremoniosa pareja.

Florencia y Edith estaban allí ya, sentadas al lado una de otra. Florencia quiso levantarse al acercarse

su padre y cederle su sitio; pero Edith, cogiéndola del brazo, la detuvo. Mister Dombey fué á sentarse en frente, al otro lado de la mesa.

La conversación corrió casi exclusivamente á cargo de mistress Skewton. Florencia no se atrevía á levantar la vista por temor de que se le conociera en los ojos que había llorado: menos se atrevía á hablar. Edith no pronunciaba ni una palabra, como no fuese para contestar á preguntas. Verdaderamente, Cleopatra trabajaba de firme en pro del casamiento ya casi hecho: y verdaderamente también era legítimo que aquel esfuerzo recibiera el fruto de sus grandes afanes.

— ¿De manera que ya todos los preparativos están hechos? — dijo Cleopatra cuando quedaron servidos los postres y todos los criados, incluso el del pelo blanco, se hubieron retirado del comedor. — ¿Está todo, incluso las amonestaciones?

— Sí, señora — contestó mister Dombey — la escritura dotal está pronta, según me informan: de manera que, como ya he dicho á usted, si Edith me hace el favor de fijar día para la firma...

Edith continuó impávida, como una estatua.

— Hija mía — dijo Cleopatra — ya oyes lo que dice mister Dombey.

Y sin esperar contestación dirigiéndose á mister Dombey, dijo:

— Esta manera de quedarse parada, mi querido Dombey, me recuerda un tiempo... ¡ah! sí, un tiempo en que el padre de Edith, el más amable de los hombres, se encontraba en la misma situación en que usted se halla.

— No tengo nada que fijar. Será cuando usted

quiera — dijo al fin Edith sin apenas dirigir la mirada á mister Dombey.

— ¿Mañana? — indicó mister Dombey.

— Como á usted le parezca.

— O pasado mañana, — dijo mister Dombey — si es mejor por causa de sus ocupaciones.

— No tengo ocupaciones: yo estoy siempre á sus órdenes: dejo esto á su libre elección.

— ¡Que no tienes ocupaciones! — exclamó mistress Skewton; — veamos, Edith ¿no estás, terriblemente ocupada desde por la mañana hasta la noche, con mil cosas que hacer y con toda suerte de proveedores?

— Eso es un asunto de usted — contestó Edith frunciendo ligeramente las cejas. — Puede usted arreglarlo con mister Dombey como guste.

— Muy acertado; y una prueba de confianza y de consideración, querida hija — dijo Cleopatra. — Florencia, niña, acérquese á darme otro beso, si usted gusta.

Singular coincidencia era que estas efusiones de cariño á Florencia se manifestaban en Cleopatra siempre á continuación de algún diálogo con su hija, aunque sólo dijera ésta una palabra. Seguramente, no había arrostrado nunca Florencia tantos besos y de cierto en toda su vida no había sido más útil, sin saberlo.

Lejos estaba mister Dombey de molestarse por aquellos modos altaneros de su prometida. Al contrario, le eran simpáticos porque la frialdad y la altivez eran los sentimientos que más compaginaban con el estado de su espíritu. Le lisonjeaba la consideración de aquella semejanza que entre Edith y él había y que aseguraba su buena inteligencia. Le

lisonjeaba la copia de sí mismo, la consideración de que aquella orgullosa y arrogante señora haría los honores de su casa y tendría los mismos ademanes que él tenía. No podía dudarse; la dignidad de Dombey é Hijo sería altamente sostenida, no pudiendo estar en mejores manos.

Tales eran los pensamientos que acariciaba mister Dombey, reflexionando acerca de su fortuna, pasada y venidera. Se había quedado solo en la mesa. El comedor, severo, se acordaba muy bien con sus gustos. Eran las paredes de color pardo oscuro y en ellas se apoyaban colgados grandes escudos negros. Veinticuatro sillas de cordobán, negras también, lucían sus veinticuatro clavos cada una, de cabeza dorada, y taciturnas, con aire de ataúdes se destacaban de los tapices de Turquía que cubrían las puertas lo mismo que camas imperiales. Dos negros consumidos sostenían en alto dos secas ramas de candelabro colocados en el aparador, de donde sabía un olorillo á despensa enmohecida como si en aquel sarcófago yaciesen las cenizas de diez mil banquetes. El propietario de la casa vivía fuera de Inglaterra: el aire de su patria no podía ser grato á un miembro de la familia Feenix: de modo que insensiblemente iba poniéndose más lúgubre la casa como si llevara luto por su amo y hasta el punto de no faltar, para completar la ilusión, más que un cadáver.

No había un cadáver, pero, para el efecto, estaba mister Dombey, tieso y rígido, mirando con los ojos bajos, á la mesa de caoba en la que veía reflejados, como en las frías profundidades del mar Muerto, fruteros y botellas al ancla: parecía que los objetos de su pensamiento iban subiendo á la superficie uno por uno, sumergiéndose luego. Edith, primeramente,

con toda su majestuosidad de semblante y de porte; cerca de ella Florencia, mirándole con timidez lo mismo que le había mirado al escaparse de la sala: Edith la miraba y parecía que tendiendo la mano quería protegerla. Otra imagen pequeña, en un sillón surgía de la luz y le miraba con sorpresa: sus ojos brillantes y su aviejado rostro centelleaban como al reflejo de la llama en el hogar, de noche. Luego volvía á representársele Florencia absorbiendo completamente su atención: sea que la considerase como una dificultad, un estorbo para sus fines, sea que la tuviese por rival cruzada de nuevo en su camino, sea que aquella hija viniese á importunarle reclamando derechos en el corazón de su padre, sea que en vez de importunarle aquella hija viniera justamente á darle ocasión en que manifestar ante los extraños su cariño paterno ó al menos las apariencias de este afecto, sea lo que fuese, allí tenía ante él, imborrablemente, á Florencia. Aunque no quisiera, aunque llevara sus pensamientos á la ceremonia de la boda, al séquito, al altar, á sus ensueños ambiciosos, en todos los casos, en todos los momentos se le imponía Florencia, siempre Florencia, persiguiéndole. No pudo resistir, se puso en pie y se marchó del comedor.

Era ya tarde cuando encendieron algunas luces del salón. La luz hacía daño á mistress Skewton ó al menos se quejaba de ella. Entretanto habían conversado mistress Skewton y Florencia (Cleopatra decía que estaba verdaderamente ansiosa de tenerla á su lado). Florencia tocó el piano para encanto de mistress Skewton. No hay que decir si mistress Skewton aprovecharía todas las ocasiones posibles para manifestar su ternura y para pedir besos,

siempre que Edith hablaba. Sin embargo, estas ocasiones no fueron en gran número, pues Edith estuvo casi todo el tiempo aparte, asomándose á una ventana, á pesar de las advertencias de su madre acerca de que podía constiparse; asomada permaneció hasta que mister Dombey se dispuso á marcharse. Despidióse éste mostrándose amable con Florencia. Y cuando Florencia se recogió á dormir, en el gabinete que la había preparado Edith, estaba tan gozosa y esperanzada, que toda su vida hasta entonces le parecía un sueño, el cuento de alguna pobre niña abandonada que inspiraba compasión por sus penas: así, pensando en esta otra niña, llena de sentimiento por ella, se quedó dormida.

Pasaba con suma rapidez la semana. Edith no cuidaba de nada ni se ocupaba en cosa alguna. Su rico ajuar, sus trajes, todo era encargo de mistress Skewton que se pasaba el día bulliciosamente fuera de casa. Mistress Skewton formaba su plan de un día para otro y lo ejecutaba puntualmente. Sin embargo, algunas veces era indispensable que acompañase Edith á su madre y entonces iba con ella en el carruaje; pero siempre era mistress Skewton la que daba órdenes é instrucciones en las tiendas, sin que Edith pareciera interesarse en ello. También algunas veces había pensado Florencia que Edith era orgullosa, pero jamás con ella.

Corría la semana. Joyeros, floristas, pasteleros, modistas y notarios, todos cumplían con rapidez sus diferentes cometidos. Florencia iba á estrenar un traje muy brillante. Mistress Skewton se encaprichó por este traje y encargó á la modista que hiciera para ella otro exactamente igual. La modista — una señora francesa muy parecida á mistress Skewton —

halló muy acertada la idea de su parroquiana, diciéndola que el traje la sentaría á maravilla y que así todos la tomarían por hermana mayor de Florencia.

Seguía corriendo la semana: poco faltaba ya para que transcurriera del todo. Ya había empezado la última noche, la noche vispera de la boda. En el salón, no mejor alumbrado que de costumbre, porque mistress Skewton no había perdido sus temores al dolor de cabeza, en aquel salón poco alumbrado estaban mistress Skewton, su hija y mister Dombey. Edith miraba por la ventana; mister Dombey y Cleopatra sentados en el sofá hablaban bajo. Se hacía tarde y Florencia que estaba muy cansada, se fué á acostar.

— Mi querido Dombey — dijo Cleopatra — dejará usted conmigo á Florencia mañana, puesto que va usted á privarme de mi Edith.

Mister Dombey contestó que bien, con mucho gusto.

— Tenerla aquí, conmigo, mientras están ustedes en París, y pensar que puedo contribuir á formar su mente — dijo Cleopatra — será para mi corazón un bálsamo suave dentro de la soledad en que voy á encontrarme.

Edith volvió la cabeza rápidamente. Al descuido en que se hallaba un momento antes sucedió el interés por escuchar lo que estaba diciendo su madre.

Contestó mister Dombey que le sería muy grato dejar á su hija bajo tan admirable custodia.

— Mi querido Dombey — añadió Cleopatra — infinitamente agradezco á usted su buena opinión. Temía que usted, con premeditación — como dicen esas gentes de curia en su horrible prosa — me condenara á soledad.

— Y ¿por qué me cree usted capaz de esa injusticia? — repuso mister Dombey.

— De tal manera me ha dicho Florencia que mañana volvería á su casa — dijo Cleopatra — que me ha parecido sería orden de usted.

— Tenga usted la seguridad, señora — dijo mister Dombey — de que no he dado esa orden á Florencia, pero, aunque la hubiese dado, no hay órdenes ante los deseos de usted.

— Mi querido Dombey — replicó Cleopatra — ¡qué gran cortesano es usted! Aunque no; los cortesanos carecen de corazón y el de usted se manifiesta á cada paso en su vida y carácter. ¿Se marcha usted ya efectivamente, mi querido Dombey?

— ¡Oh! sí, — efectivamente se iba, aunque sentía tener que irse.

— No sé si es esto realidad ó sueño — murmuró Cleopatra. — ¡Cuando pienso, mi querido Dombey, que es mañana, mañana temprano, cuando ha de venir usted á privarme de mi dulce compañera, mi propia Edith!

Mister Dombey, acostumbrado á entenderlo todo literalmente, contestó á mistress Skewton que antes de esto habrían de verse en la iglesia.

— La angustia — dijo mistress Skewton — de entregar una hija, aun á usted, mi querido Dombey, es uno de los más crueles tormentos imaginables. Combinado esto con la natural delicadeza de mi constitución y con la extremada estupidez del repostero encargado de servir el almuerzo mañana, casi es excesivo para mis pobres fuerzas. Pero acumularé todas mis fuerzas mañana, mi querido Dombey; no tenga usted cuidado por mí; no se inquiete usted en lo que me concierne. ¡Dios le bendiga! Mi querida

Edith — exclamó llamándola — alguien que se va!

Edith había vuelto á distraerse en la ventana, cuando se enteró de la conversación de su madre. Se levantó, sin dar un paso y sin decir una palabra. Mister Dombey, con galantería y dignidad adecuada á las circunstancias, se adelantó hacia Edith, rechinando las botas, tomó su mano llevándola á sus labios y dijo:

— Mañana por la mañana tendré la dicha de tomar esta mano como de mistress Dombey.

Con esto se inclinó ceremoniosamente y salió del salón.

Mistress Skewton llamó para que trajesen luces, tan pronto como sonó la puerta cerrándose detrás de mister Dombey. Con las luces se presentó una doncella, que traía el traje juvenil destinado á engañar á cuantos la vieran, al día siguiente; pero la ropa se vengaba, como sucede siempre, haciéndola infinitamente más vieja y repulsiva que lo estaba con su camión de franela. Mistress Skewton se probó el traje con satisfacción afectada: sonreía á su propio cadáver mirándose al espejo, como si pensara en producir un efecto mortal en el comandante. Luego prosiguió la doncella su tarea, la preparó para el reposo y Cleopatra cayó en ruinas como castillete de naipes.

En todo este tiempo no se había separado Edith de la ventana, contemplando la calle. Cuando se encontró á solas con su madre, se separó de la ventana, por primera vez en la noche y fué á sentarse frente á ella. La moviente y enfadosa cara de su madre, la miraba con inquietos ojos, como si tuviera conciencia de algo que no pudiera ocultar con su disimulo.

— Esto me va á quitar la vida — dijo la madre. — No puedo contar contigo ni un momento. Eres deo-

que un chico. Un chico no tiene la mitad de terquedad que tú.

— Escuche usted, madre — repuso Edith sin detenerse ante las consideraciones que acababa de oír sin darles la menor importancia — es preciso que se quede usted sola hasta mi vuelta.

— ¡Que me quede sola hasta tu vuelta! — repitió la madre, sin comprenderlo.

— O si no, en nombre de Aquel cuyo nombre voy á invocar mañana, en falso y vergonzosamente, juro á usted que rechazo la mano de este hombre en la iglesia. Que me caiga muerta ahora mismo si no es cierto que estoy resuelta á hacer lo que digo.

Su madre la miró asustada y al ver el rostro de su hija comprendió que no cabía duda sobre su decisión de tal manera expuesta.

— Bastante hay — siguió diciendo Edith — con que nosotras seamos lo que somos. No quiero que la juventud y la confianza desciendan á nuestro nivel. No quiero que una naturaleza ingenua se descarríe, corrompa y perversa por distraer el ocio de una madre ni de todas las madres del mundo juntas. Ya lo sabe usted: Florencia, á su casa mañana.

— Eres una idiota, Edith — contestó incomodada su madre. — ¿Será posible que haya paz en esta casa mientras esta mujer no se haya casado ó se haya ido?

— Pregúntese usted á sí misma si puedo esperar yo la paz en esta casa — contestó la hija — y ya sabe usted la contestación.

— De manera que después de tantas penas y de tantos trabajos como he tenido que pasar en mi vida, ahora, cuando gracias á mi llegas á ser independiente, he de oír tales cosas...

La madre hablaba con pasión y la cabeza le temblaba como la hoja en el árbol.

— ¡He de oír tales cosas y en esta noche! — continuó la madre — he de oír que en mí hay corrupción y contagio y que soy mala compañía para una joven! ¿Quién eres tú, sepámoslo, quién eres tú?

— Eso es lo que me he preguntado yo muchas veces — contestó Edith poniéndose muy pálida y señalando á la ventana — eso me he preguntado yo allí sentada: y al ver pasar una marchita semejante de mi sexo, vagando de una parte á otra, sabe Dios cual ha sido mi réplica! Oh, madre, madre, si me hubiera dejado usted como era, si mi corazón hubiera seguido como lo era á la edad que hoy tiene Florencia ¡cuán distinta de lo que soy me encontraría!

Comprendiendo el peligro que había en la polémica, se contuvo la madre, limitándose á lamentarse y á quejarse de haber vivido tanto, de haber alcanzado los días en que los hijos ya no tienen respeto á sus padres y en que se veía obligada á escuchar semejante lenguaje en labios de una hija desnaturalizada.

— Si han de continuar estas escenas — dijo lloriqueando — prefiero morirme y pensaré en los medios de concluir con mi existencia. Oh! y eres tú, Edith, es mi hija quien me dirige esas ofensas!

— Entre nosotras, madre — repuso Edith tristemente — ha pasado ya el tiempo de mutuas recriminaciones.

— Entonces ¿por qué suscitar esto? — replicó la madre. — Tú sabes de qué manera me laceran esas crueles palabras. Tú sabes cuán sensible soy á los malos tratos. Y en estos momentos, sobre todo, cuando tengo tantas cosas en que pensar y cuando

estoy naturalmente inquieta por la necesidad de presentarme en público lo mejor que me sea posible... No lo comprendo, Edith. Tú serás causa de que tu madre parezca un guiñapo el día de tu boda.

Edith fijó la vista en su madre, que seguía sollozando y secándose los ojos, y friamente repitió :

— He dicho que Florencia tiene que volverse á su casa.

— Pues que se vaya — exclamó asustada y afligida la madre — que se vaya : á mi no me importa. En suma ¿qué tengo que ver con ella ?

— Pues yo sí tengo que ver mucho : no puedo consentir que á esta niña se le comuniquen los gérmenes del mal de que sufre mi alma. Antes renegaré de usted y renunciaré (si á ello me obliga) la mano de ese hombre en la misma iglesia. Déjela usted sola — añadió Edith. — La condición que impongo á usted no me parece demasiado dura.

— Si la impusieras de manera filial — contestó la madre — ciertamente no lo sería; pero acompañada de tan amargas frases...

— Ya no habrá más entre nosotras — dijo Edith — Siga usted su camino, madre; aprovéchese usted como le plazca de lo que usted ha ganado : gaste, disfrute, sea lo más feliz que pueda. Hemos alcanzado lo que nos proponíamos como fin de nuestra existencia. En adelante guardaremos silencio. Desde ahora quedarán cerrados mis labios. Perdono á usted la parte que le corresponde en la iniquidad de mañana. ¡Que Dios me perdone la mía!

Sin temblor en la voz, sin vacilación en su postura, andando con pie firme, dió las buenas noches á su madre y se retiró á sus habitaciones.

Pero no para descansar : no había descanso para

ella en la agitación tumultuosa que la envolvía cuando se hallaba sola. Se puso á pasear por la habitación, una vuelta, otra vuelta, otra más, quinientas á lo menos entre los espléndidos preparativos para su adorno al siguiente día. Su negra cabellera le caía sobre los hombros, sus ojos negros despedían resplandores siniestros, su blanco seno mostraba las señales de golpes que á sí misma despreciativamente se daba. Volvía la cabeza para no verse en el espejo. Así pasó Edith Granger la noche que precedió á sus bodas; así luchó contra las inquietudes de su espíritu, sin lágrimas, solitaria, silenciosa, altiva y sin quejarse.

Al cabo, dando vueltas vino á tropezar con la puerta del cuarto donde dormía Florencia. La puerta, que estaba simplemente entornada, dejaba salir luz. Detúvose Edith y miró. Florencia dormía : una bujía sin duda por olvido no apagada, alumbraba su inocente belleza. Edith se acercó, se acercó más aún, se acercó hasta tocar la mano de Florencia, que pendía del lecho. Tomó este brazo y lo pasó en torno de su cuello : fué aquel abrazo como la cayada del profeta que hizo surgir agua de la roca. De los ojos de Edith saltaron vivas lágrimas; cayó de hinojos y reclinó su dolorida cabeza y sus sueltos cabellos en la almohada, al lado de Florencia.

Así pasó Edith Granger la noche, víspera de su boda. Así vino á encontrarla el sol, al amanecer el día de su boda.